



DAVID MANUEL ARZOLA FRANCO

*Profesor investigador del Centro de Investigación y Docencia*

▼ **PERSPECTIVAS**

Recepción: 15 marzo 2019. Aprobación: 15 mayo 2019  
pp. 31-39

# A propósito de los 25 años del CID

**About the 25 years of the CID**

*La vida no es la que uno vivió,  
sino la que uno recuerda y  
cómo la recuerda para contarla.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

## **Resumen**

Tuve la fortuna de ser parte del grupo de docentes que participaron en la fundación del Centro de Investigación y Docencia en 1994. Visto desde dentro, es decir desde mi propia experiencia, mi arribo a esta institución se dio en tres movimientos, tres historias que constituyen, cada una, un relato completo en sí mismo, pero que encadenados nos brindan una imagen, una visión general, de la manera en que se gestó el nacimiento de esta institución educativa. Siguiendo la metáfora de la composición musical, el primer movimiento lo constituye la frustrada intención de impulsar un programa de formación para supervisores de educación primaria; el segundo la iniciativa de conformar un equipo de docentes con el cometido de elaborar un Diagnóstico de la Educación Primaria en el estado de Chihuahua; y finalmente el diseño de una Maestría en Educación para docentes en servicio se ubicaría como el tercer movimiento.

## **A manera de introducción**

El Centro de Investigación y Docencia (CID) ha rebasado ya los 25 años de existencia, tengo, como ya lo comenté, la fortuna de haber sido testigo y participé de su fundación. Por ello, el presente documento tiene la pretensión de recordar las vicisitudes que me condujeron hacia la ruta de la formación de docentes en una institución de posgrado, a la par que reconstruyo los cauces que desembocaron en la creación del CID.

Es un buen momento para recordar la manera en que me involucré en un proyecto que originalmente se antojaba efímero pero que terminó por convertirse en mi proyecto de vida, en el proyecto de vida de muchas y muchos de los que hemos pasado por esta institución que ha desarrollado una labor importante en el campo educativo, a lo largo de un cuarto de siglo. No pretendo escribir la historia del origen y fundación del CID, la intención es describir mi experiencia personal, compartir con ustedes mis recuerdos, la manera en que viví, o más precisamente como recuerdo haber vivido, ese primer año que, en muchos sentidos, redefinió mi trayectoria profesional.

### **En busca de recursos para un proyecto que nunca fue, o cómo descubrir que estás luchando por una causa perdida**

A finales de 1993, en un pequeño equipo de docentes, compuesto apenas por tres personas, Patricia Caballero Meneses, María Luisa Miranda y yo, que atendíamos el área de Capacitación en la Mesa Técnica Única de la Dirección de Educación Primaria, comenzó a germinar la idea de crear un programa de formación para supervisores, enfocado en un tema que en esa época para quienes laborábamos en la educa-

ción básica resultaba sumamente novedoso, me refiero a la gestión escolar.

El propósito era muy ambicioso, se trataba de convocar a los supervisores de educación primaria del estado de Chihuahua, a una serie de jornadas académicas en las que, mediante conferencias, talleres y mesas de trabajo, se analizarían los retos de la función directiva a partir de las propuestas que la propia SEP estaba instrumentando para abrir espacios al trabajo pedagógico, a la reflexión crítica y a la participación colectiva en la toma de decisiones. Tópicos que por cierto siguen vigentes y se convirtieron en las líneas de generación y aplicación del conocimiento a partir de las cuales actualmente estamos desarrollando algunos proyectos de investigación en el CID, señal de que nuestro olfato académico en aquellos tiempos no iba por la ruta equivocada.

El equipo pretendía instrumentar un conjunto de estrategias formativas para que los supervisores, mediante un ejercicio autocrítico, analizaran la importancia de su labor a la luz de perspectivas más amplias e incluyentes que cuestionaban fuertemente la senda de la administración educativa clásica, derivada de la administración de empresas, con su modelo piramidal, centrado en la organización, dirección y control. Elementos con los que los directivos habían sido formados de manera tradicional.

El proyecto era interesante y retador, solo había un pequeño escollo que debíamos resolver antes de seguir adelante: no contábamos con recursos financieros para instrumentarlo. Eran tiempos de cambio, no solo en el ámbito educativo donde los efectos de la firma del Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica se estaban concretando con el llamado proceso de federalización educativa, mediante el cual la SEP transfería a los estados



la administración de sus servicios; también en lo político soplaban nuevos vientos. Chihuahua era uno de las primeras entidades federativas donde se hacía realidad la alternancia política, por primera vez en la historia reciente del país, un gobernador emanado de un partido de oposición, el panista Francisco Barrio Terrazas, había asumido el cargo en medio de grandes expectativas, pero también de una profunda incertidumbre por la reacción que pudiera haber por parte del gobierno federal, del partido oficial y sus fuerzas locales que todavía no digerían bien a la idea de ceder el poder.

El asunto es que, entre el proceso de federalización educativa y el cambio de gobierno estatal, no había mucha claridad sobre la manera en que la Unidad de Servicios Educativos a Descentralizar (USED), rebautizada como Servicios Educativos del Estado de Chihuahua (SEECCh) se iba a fusionar con la estructura administrativa local. Hubo un periodo de ajuste o transición muy tenso en el que SEECCh se quedó acéfalo, es decir, un lapso en el que se destituyó al Director General y no se dio el nombramiento de su sucesor; eran tiempos de pugna y enfrentamiento entre el SNTE y el Gobierno de Barrio por la ocupación de esos espacios políticos, situación que precisamente coincidió con el momento en que intentábamos darle cauce a nuestro proyecto de formación para supervisores.

Dado que en el ámbito que correspondía a los servicios educativos del sistema federal no teníamos una autoridad a dónde acudir para presentar nuestro proyecto, la profesora Esmeralda Urueta Cruz, Jefa de la Mesa Técnica, y nuestra autoridad inmediata, nos sugirió que nos entrevistáramos con la profesora Julieta Ortega quien tenía funciones de enlace educativo entre SEECCh y el ámbito estatal.

La maestra Julieta nos recibió en la pequeña oficina donde despachaba, en el edificio Héroes de la Revolución, donde se ubicaba la entonces Dirección General de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Chihuahua. Nos escuchó de pie, sin protocolo alguno. Delgada, erguida, con el cabello muy corto, proyectaba una imagen enérgica, quizás autoritaria, la imagen de alguien muy segura de sí misma, aunque sin descuidar los gestos de amabilidad y cortesía. Le presentamos el proyecto, en el transcurso de un mes tuvimos un par de conversaciones adicionales con ella y finalmente prometió que a principios de enero de 1994 iba a darnos una respuesta.

En función del diálogo que habíamos establecido, el equipo estaba muy optimista sobre los resultados de la gestión, así que en la fecha acordada nos presentamos en las oficinas de gobierno estatal. Sin rodeos y en cuestión de dos minutos, la maestra Ortega nos informó que la decisión estaba fuera de sus atribuciones, acababan de nombrar al profesor Ángel Hernández Triana como Director General de los SEECCh, por lo tanto, comentó, si queríamos obtener ese recurso tendríamos que dirigirnos al ámbito federal, que ya para entonces se denominaba de manera coloquial, subsistema federalizado.

Fue una pequeña catástrofe, nuestras expectativas se desmoronaron, evidentemente la burocracia y el optimismo no suelen hacer buena mancuerna. Pero no todo estaba perdido, no era cuestión de echarse para atrás frente al primer tropiezo, teníamos la opción de visitar al nuevo director de los SEECCh para convencerlo de los beneficios potenciales del proyecto que teníamos entre manos, el problema es que había que comenzar de nuevo con el viacrucis de exponer nuestras ideas y esperar una decisión

que, siendo nuevamente muy optimistas, podría llegar, como mínimo, en un par de meses. Nuestros cálculos fallaron totalmente, la respuesta de Hernández Triana fue tan inesperada como directa y como expedita.

Por alguna razón que nunca quedó completamente clara, Hernández Triana estaba convencido de que yo había sido su alumno en el Centro de Actualización del Magisterio (CAM), cuando coincidíamos en algún evento me saludaba con deferencia y aprovechaba para presentarme públicamente, en ocasiones creí advertir que hasta con cierto orgullo, como su pupilo. Nunca hubo en ese tiempo una oportunidad apropiada para sacarlo de su error, no me parecía muy cortés de mi parte desmentirlo frente a quienes lo acompañaban, así que durante años ambos seguimos cultivando esa ficción, él de manera involuntaria yo de forma un tanto incómoda y no exenta de culpabilidad.

Años después, cuando Hernández Triana se incorporó al CID como parte del personal académico, tuvimos la oportunidad de conversar de manera sosegada y aproveché la oportunidad para aclararle que no soy egresado del CAM y por lo tanto no podía haber sido su alumno. Se turbó unos instantes, luego rió y trató de encontrar una explicación para el equívoco, lo más probable es que me confundiera con algún estudiante de los muchos que tuvo a lo largo de su trayectoria como formador de docentes, o tal vez fue el hecho de que nos veíamos de manera recurrente cuando, a finales de los años ochenta, ambos trabajamos en un edificio que rentaba la USED en la Calle 7ª, aunque nunca nadie nos presentó, por lo que solo nos conocíamos de vista. Las dos ideas se quedaron a nivel hipotético, no hubo manera de aclarar ese misterio. Se dice que la mente humana construye en ocasiones extraños labe-

rintos que desembocan en recuerdos ilusorios, que nos hacen evocar vívidamente experiencias que no existieron jamás.

Sin embargo, en ese momento, cuando necesitábamos reiniciar nuestras gestiones era desde luego una ventaja el que yo no fuera un completo desconocido para el nuevo director de SEECCh. No recuerdo si hicimos una cita previa, pero una mañana, a mediados de enero de 1994, Hernández Triana nos recibió en su oficina; quienes lo conocieron coincidirán conmigo en que la cortesía no era su fuerte, tenía un estilo áspero, un tanto brusco y poco comedido, problemas que él mismo identificaba y hacía esfuerzos evidentes por remediar, sin embargo su carencia de tacto se compensaba con la franqueza en el trato y el arrojo que mostraba a la hora de tomar decisiones.

Fiel a ese estilo, a mitad de la presentación nos pidió que abandonáramos la sala mientras él atendía un asunto urgente, “se salen por favor”, dijo sin mucha reflexión, luego seguramente al mirar el asombro en nuestras caras, y sobre todo los ojos de María Luisa, enmendó la plana y nos indicó el camino hacia una puerta lateral: “espérenme aquí, es solo un momento, tengo que hablar de un asunto en privado, sírvanse un café”. Mientras hablaba nos encaminó hacia un espacio pequeño, adjunto a su oficina y cerró la puerta tras de sí.

A los veinte minutos nos llamó, se disculpó por el desaguisado y nos invitó a continuar; un tanto desconcertados concluíamos nuestra exposición y esperamos. Hubo un silencio incómodo, quizás solo fueron unos segundos, pero tuve la sensación de que aquello se prolongaba por varios minutos, el nuevo Director de SEECCh parecía estar pensando en otra cosa, el brillo de su calva, oscura y lustrosa, podía ser un buen indicador. Con el ceño fruncido y la



vista vagando entre los documentos desparrramados en el escritorio, era evidente que estaba muy ocupado. De pronto me miró a los ojos y sin consideración alguna soltó una pregunta que traería consigo consecuencias que en ese momento no alcanzamos a discernir: “¿por qué no se vienen a trabajar conmigo? Vamos a fundar la Dirección de Investigación en SEECy necesitamos gente como ustedes”.

La situación fue cuando menos surrealista, nos presentamos ahí armados con una propuesta de trabajo que no parecía haber tenido eco alguno en la sensibilidad del funcionario, de pronto recibíamos una contrapropuesta que se disparaba con mucho del asunto que había motivado la reunión y Hernández Triana, que ahora estaba de pie, parecía esperar una decisión inmediata. Quizás nuestras bocas entreabiertas o la actitud de franca desorientación lo hicieron reaccionar “hoy en la tarde hay una reunión en la calle Antonio de Montes 1505, vaya para que se informe de qué se trata, estamos formando un equipo de investigadores”, treinta segundos después deambulábamos fuera de las oficinas de SEECy conscientes de que nuestro proyecto de formación para supervisores era una causa perdida.

### **La Torre de Babel o el valor del caos como fuente de creación**

En la calle Antonio de Montes, en una casa habitación rentada por SEECy, se estaba gestando un movimiento que, aunque en ese momento ni siquiera los organizadores lo sabían, culminaría en la creación del CID. María Luisa Miranda, Patricia Caballero y un servidor llegamos ahí de manera fortuita, nos atravesamos en el camino del recién nombrado Director de SEECy y la corriente nos arrastró, aunque es más apropiado decir que nos dejamos arrastrar,

por una ruta por la que nunca soñamos que podríamos transitar. Desde el primer momento intuimos que algo importante estaba emergiendo alrededor de aquella enorme mesa de trabajo donde nos sentamos a escuchar lo que se estaba exponiendo.

Era una especie de Babel en miniatura en la que concurrían cerca de treinta profesores, hombres y mujeres, provenientes de un conglomerado de niveles educativos por demás heterogéneo: preescolar, primaria, secundaria, educación indígena, CAM, Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios (CBETIS). Edades, trayectorias y experiencias diversas, algunos rostros conocidos, la mayoría desconocidos. Ahí me enteré que no éramos los únicos docentes que proveníamos de la Mesa Técnica de Primaria, Martha Cecilia Rey Mendoza y María Araceli Gutiérrez Reyes, también habían sido invitadas, aunque por otros medios.

Yo me acomodé en un lugar donde mi presencia pudiera pasar desapercibida ante lo imponente de la concurrencia y la seguridad con la que algunas personas hablaban de la investigación educativa, sobre el proyecto y sus alcances, así como las diversas estrategias que se podían instrumentar. Escuchar y callar parecía ser la mejor táctica ante aquella avalancha de información prácticamente ininteligible, cifrada, imposible de desentrañar para mentes profanas como la mía.

Por diferentes rutas y a partir de variadas circunstancias se estaba reuniendo un equipo de trabajo que tenía dos objetivos: sentar las bases para la creación de la Dirección de Investigación de los SEECy y conformar un grupo de investigadores, bajo la denominación de Proyecto Estatal de Calidad Educativa, en-

cargado desarrollar un Diagnóstico de la Educación Primaria en el Estado de Chihuahua.

En una exposición breve, el profesor Francisco Hinojos Betancourt, quien se presentó como coordinador del proyecto, dio a conocer el panorama general de lo que ahí se estaba gestando, el propósito era desarrollar un diagnóstico estatal de la educación primaria en dos etapas, la primera consistía en un estudio descriptivo y la segunda en un cuasiexperimento. La presentación suscitó una avalancha de comentarios, inquietudes, sugerencias y propuestas por parte de algunos de los presentes.

De inmediato quedó claro que la voz cantante la tenía un equipo con más experiencia que el resto de los convocados, entre ellos destacaban Rigoberto Marín Uribe y Héctor Daniel Salazar Holguín, quienes con sus intervenciones orientaban el rumbo de la investigación, hacían precisiones de carácter conceptual y expresaban sus opiniones sobre organización y logística.

Durante varios de los debates Francisco Hinojos, Quico como le llamábamos coloquialmente, expresó su inquietud por definir los ámbitos de acción ya que alrededor de aquella enorme mesa, situada en lo que había sido el comedor de la casa, lo mismo se trataban temas relacionados con el proyecto de investigación, que se debatía acerca del trabajo necesario para sentar las bases de la Dirección de Investigación. No había claridad con respecto a quienes iban a desarrollar unas acciones y otras.

Ante la solicitud de Quico, quien no dudaba en mostrar su frustración por esas vaguedades, y después de algunas conversaciones cupulares el grupo se dividió en dos; una parte minoritaria pero justamente la más prominente, es decir aquellos que contaban con estudios de posgrado y experiencia en Educación Superior, se

trasladaron a una oficina en SEECCh para organizar la nueva Dirección. El resto del conglomerado, la tropa, como nos autonombramos, se quedó en la casa habitación mencionada para darle forma al anteproyecto del Diagnóstico.

Por dos o tres semanas trabajamos bajo la coordinación de Francisco Hinojos, quien había sido nombrado por Hernández Triana, pero repentinamente se retiró del proyecto por motivos de salud. De manera natural el liderazgo recayó en la figura de Héctor Salazar, quien desde el principio había sido convocado para incorporarse al equipo de SEECCh, pero optó por quedarse con la tropa.

Héctor había estado guiando el rumbo del proyecto desde la fase germinal, por su experiencia y preparación académica contaba con un amplio reconocimiento, por lo que en la reunión donde se notificó que Quico se había retirado, Héctor recibió el apoyo unánime para asumir la coordinación.

Un trabajo de esas dimensiones demandaba de un esfuerzo extraordinario, la dinámica era intensa y en ocasiones hasta caótica, no había un horario establecido, se trabajaba a mañana, tarde y noche, de lunes a viernes, los sábados si era necesario. Se formaron comisiones dedicadas al diseño de los diversos instrumentos que se requerían para recabar la información, era común ver pequeños núcleos reunidos alrededor de mesas de trabajo que debatían, estudiaban documentos, exponían sus argumentos y proponían alternativas para resolver los problemas que se iban presentando. Libros, papeles desparramados por las mesas y escritorios, en ocasiones en el piso; lápices de colores por todas partes, marcadores, tijeras, cartulinas pegadas en las paredes o montadas en rotafolios; materiales desparramados por aquí y por allá, en la sala principal, en la biblioteca, en las habitaciones y en los pasillos, un caos.



Se consumían cantidades industriales de café, refrescos embotellados, galletas, totopos con queso y chiles jalapeños; desayunos de huevos revueltos en la cocina, bromas, risas, un movimiento incesante, frenético, entradas, salidas; lo más retador: aprender a usar los equipos de cómputo. Fue un curso intensivo de formación de investigadores y la conformación de una comunidad que en muchos sentidos continúa unida y trabajando productivamente todavía.

Esta relación se fortaleció aún más cuando se llevó a cabo la prueba piloto del proyecto, los instrumentos se evaluaron a partir de aplicaciones en Chihuahua capital, para el medio urbano, y en el municipio de Bocoyna, para los medios rural e indígena. En este último caso el centro de operaciones se instaló en Creel, donde en la primavera de 1994, durante una semana, el grupo completo se atrincheró en el albergue del DIF y de ahí se desplegó el operativo, en equipos de cuatro personas, para visitar las escuelas primarias dispersas por las comunidades de la Sierra Tarahumara.

Las comidas comunitarias en el albergue eran aderezadas con charlas amenas y jocosas, intercaladas con la narración de las experiencias de cada jornada, por la noche una tertulia alrededor del fuego o en el área común de los dormitorios, que contaban con una zona para hombres y otra para mujeres. El verdadero desafío, levantarse de madrugada para prender el boiler y hacer fila para bañarse antes de pasar al comedor, el agua por lo regular estaba fría o, en el mejor de los casos, tibia.

Para el mes de septiembre el equipo de investigadores estaba preparado para el trabajo de campo, nuevamente, en un movimiento delirante, se armaron equipos de trabajo para visitar en cuatro meses las 120 escuelas selec-

cionadas aleatoriamente, ubicadas en 17 municipios del estado que fueron elegidos según sus condiciones educativas, de bienestar social y marginación. Los municipios con condiciones socioeducativas bajas fueron: Batopilas, Guachochi, Guadalupe y Calvo, Urique y Uruachi. Los de condiciones medias: Guadalupe, Ignacio Zaragoza, Guerrero, Namiquipa, Rosales, Satevó, Temósachi y Valle de Zaragoza. Y los de condiciones socioeducativas altas: Chihuahua, Delicias, Hidalgo del Parral y Juárez.

Aunque comenzó como una broma de mi parte, terminó por institucionalizarse la clasificación para los equipos de investigadores de acuerdo con las zonas donde desplegaban sus actividades: equipos de aire, los que visitaban escuelas fuera de la capital del estado, principalmente áreas rurales de difícil acceso; y equipos de tierra los que trabajaban en Chihuahua y municipios aledaños.

Las jornadas eran agotadoras puesto que en una mañana se aplicaban diversos instrumentos para recabar información sobre la escuela, la dirección y el personal de apoyo, docentes, estudiantes y el aprovechamiento escolar. Este último aspecto se abordaba a partir de la aplicación de una batería de pruebas para las asignaturas de español, matemáticas, ciencias naturales, historia y geografía, con estudiantes de segundo, cuarto y sexto grados, seleccionados al azar en cada escuela que se visitaba. En los municipios más agrestes los equipos terminaban el trabajo en una escuela, comían algo de manera apresurada y emprendían el viaje para estar al día siguiente en otra comunidad.

En algún momento, entre julio y septiembre, Héctor Salazar renunció a la coordinación del proyecto, aunque continuó asesorando al equipo hasta concluir el trabajo. Su lugar fue ocupado por Diana Carmela Piñón Arzaga,

quien fue propuesta por los mismos investigadores en una reunión general.

El trabajo de campo concluyó en enero de 1995. El procesamiento y análisis de la información se desarrolló con el mismo ímpetu que había caracterizado a las etapas anteriores, jornadas intensas y a deshoras, movimientos incessantes acompañados por el repicar apresurado de las teclas de los equipos de cómputo y el siseo de las impresoras, documentos por aquí y por allá. De tal manera que para el mes de julio, 18 meses después de haber comenzado, el informe de investigación se entregó a la Dirección de los SEECyH y con ello dábamos por concluido el compromiso por el que se nos había convocado.

### **La fundación del CID o cuando descubres que el final del camino es apenas el principio**

Durante el año y medio en el que se centra este relato, algunos de los profesores que comenzaron a trabajar en el proyecto se fueron retirando, como Jesús José Rey Ruvalcaba, Eva América Mayagoita Padilla, Oleyda Villegas Caballero, Irma Carlota Martínez Arias, y dos compañeros cuyos nombres completos se escapan de mi memoria, pero que son recordados con gran afecto tanto por su amabilidad y sencillez, como por la manera en que iban hilando una anécdota tras otra: el “Güero Prieto” y Pablo “el Maque”.

Pero, de la misma manera que hubo algunas defecciones, otros compañeros se fueron incorporando a la tarea, de tal manera que al concluir la investigación había 24 docentes involucrados de manera directa. Vale la pena recordar los nombres de quienes conformaron el equipo que concluyó la investigación:

Diana Carmela Piñón Arzaga (Coordinación general) Luis Horacio Álvarez Martínez, Héctor Mario Armendáriz Ponce, David Manuel Arzola Franco (coordinador de historia), Patricia Caballero Meneses (coordinadora de directivos y docentes), Martha Olivia Cano Medrano, Gloria Cruz Carrillo Salcedo, María Cristina Chávez Rocha (coordinadora de escuela), Martha Silvia Domínguez Rosales, Amelia Escárcega Madrid (coordinadora de ciencias naturales), Victorino Espinoza Prieto, Leonor Victoria González Núñez, Ana María González Ortiz, María Araceli Gutiérrez Reyes (coordinadora de estudiantes), María Luisa Miranda (coordinadora de español), Lucila Ramírez Arroyo, Sara Amelia Ramos Alarcón, Martha Cecilia Rey Mendoza (coordinadora de geografía), Moraima Rodríguez Granados (coordinadora de matemáticas), Salvador Ruíz López, Julio César Valle Armendáriz y Armida Rafaela Vega Ontiveros. Con la colaboración especial en la edición y corrección de estilo de Manuel Martínez Martínez.

Pero otras cosas más, relacionadas con la fundación del CID, se habían ido gestando de manera paralela. Mientras el equipo del diagnóstico desarrollaba su labor, el equipo de SEECyH, encabezado por Rigoberto Marín Uribe, seguía su propia ruta. En los primeros meses de trabajo quedó claro, según nos comentó el profe Marín después, que la idea de una Dirección de Investigación no iba a ser aprobada por la Junta Directiva de los SEECyH, de ahí surgió la propuesta de abrir un programa de maestría en educación, era un momento propicio ya que el Programa de Carrera Magisterial para la Educación Básica disparó la demanda de servicios de posgrado y era un área de oportunidad que podía aprovecharse en el subsistema federalizado. A esas alturas el sub-



sistema estatal contaba ya con una oferta educativa en el Centro Chihuahuense de Estudios de Posgrado (CCHEP).

El plan original era traer un programa del extranjero, de manera concreta se habló de establecer un convenio para importar una maestría de Cuba. Finalmente comenzó a madurar la idea de contar con un programa local propio, diseñado por el equipo de SEECCh. Quizás tomó más tiempo declararlo que ejecutarlo, porque en junio de 1994 ya estaban convocando a la primera generación de la Maestría en Educación del CID y el 8 de julio, en el periodo vacacional de los docentes de educación básica, el programa estaba en operación, con un nutrido grupo de estudiantes provenientes de todas las regiones del estado; el 4 de enero de 1995 apareció en el Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Chihuahua, el reconocimiento oficial de los estudios impartidos por esta institución.

En el diseño curricular de la Maestría participaron María Concepción Franco Rosales, Alejandro Guerrero Escárcega, Isabel Guzmán Ibarra, Guillermo Hernández Orozco, Rigoberto Martínez Villalvazo, Federico Ortega Estrada, Gabriel Rivera Gamboa y Héctor Daniel Salazar Holguín, coordinados por Rigoberto Marín Uribe.

A finales de agosto de 1994, justo cuando terminaron los cursos intensivos de la maestría y se estaba planeando el periodo semiescolarizado que va de septiembre a junio, el profe Marín convocó al equipo encargado del diagnóstico para comunicarnos que formábamos parte de la institución que ofertaba la maestría, es decir el Centro de Investigación y Docencia; en ese momento se presentó el esquema organizativo.

Rigoberto Marín asumía la función de dirección y Gabriel Rivera, la subdirección. El profe Marín presentó también a los coordinadores de las unidades recién creadas: Conchita Franco en la Unidad de Investigación, Federico Ortega Unidad de Docencia, Sara Ramos Servicios Escolares, Patricia Caballero Servicios Financieros, Luis Álvarez Servicios Administrativos. El paso de Gabriel Rivera por la subdirección fue tan efímero que a quien se reconoce y se recuerda como el primer subdirector es a Rigoberto Martínez, razón por la cual el equipo directivo es recordado con la denominación de “Los Rigos”.

Finalmente se dio a conocer la distribución de todo el personal por Unidades, a mí me ubicaron en Docencia, ahí comenzó mi carrera como académico de esta institución y una etapa de trabajo intenso en la que combinábamos nuestras responsabilidades recién adquiridas con la tarea del Diagnóstico que estaba todavía a la mitad del camino.

Fue un movimiento sorpresivo porque en mis planes, como seguramente eran los planes de quienes ahí concurríamos, estaba la idea de regresar al nivel de primaria una vez concluida la tarea encomendada. No fue así, sin proponérselo nos encontramos intempestivamente en el marasmo que implica crear una institución a partir de la nada, por eso siempre que el tema sale a la luz digo que muchos de nosotros comenzamos a trabajar en el CID antes de que el CID fuera el CID.

Lo que sucedió después pertenece ya a la historia de este Centro como institución formalmente establecida, pero esa es otra historia, una historia para contar con calma, en otro momento y quizás en colaboración con otros actores.